

# A.C.N. DE P.

AÑO XLII

1-15 agosto 1965

NUMS. 804-805

Depósito legal: M. 244-1968

## CATOLICISMO Y MARXISMO COMUNISTA SON DOS OPUESTAS VISIONES GLOBALES DE LA VIDA

**NO HAY HOY TERRENO COMUN ALGUNO ENTRE CATOLICOS Y COMUNISTAS  
EL COMUNISMO PONE CUALQUIER INTENTO DE DIALOGO  
AL SERVICIO DE SU ESTRATEGIA POLITICA**

**ARTICULO DEL P. GIUSEPPE DI ROSA, S. I., SOBRE "CATOLICOS  
Y COMUNISTAS PONEN A PRUEBA EL DIALOGO"**

*Reproducimos íntegramente el artículo publicado por el padre Giuseppe di Rosa, S. I., en la acreditada revista "La Civiltà Cattolica", de Roma, en su número del 5 de junio de 1965. Aborda este artículo un tema de actualidad, y aunque lo trata referido principalmente a la situación italiana, la línea de conclusiones tiene validez general.*

Gran revuelo ha suscitado el libro "Dialogo alla prova", aparecido a finales de 1964. Realizado por Mario Gozzini y, por consiguiente, nacido como una iniciativa de católicos, contiene diez ensayos: cinco de ellos se deben a escritores católicos y cinco a escritores comunistas. La finalidad del volumen es la de "poner a prueba" un "diálogo" entre católicos y comunistas, examinando en qué medida es posible y a qué resultados puede conducir. Pero ¿de qué diálogo se trata? "El diálogo por nosotros incoado—escribe Gozzini—no es político, sino cultural." Tiende a "poner de manifiesto las novedades—aunque tímidas, inciertas y contradictorias—que han surgido en el campo comunista, para examinar—por lo menos sobre el plano cultural—su efectivo alcance".

Punto de partida es "una hipótesis de trabajo centrada, en primer lugar, en la perspectiva de separar el nexo entre programas políticos, económicos y sociales, por una parte, y la filosofía materialista y atea que la realización de esos programas debería imponer, por otra". Gozzini, introduciendo el diálogo, enumera sus condiciones: en lo que se refiere a los comunistas, la primera es "el pasaje explícito de una versión del marxismo como sistema universal, definitivo y perfecto, exclusivo y hegemónico, de interpretación de la realidad y de intervención sobre ella a una visión relativizada, como simple punto de vista metodológico de investigación de las relaciones humanas tal y como se configuran y modifican históricamente"; la segunda es el rechazo de la "supuesta antítesis entre visión científica y visión religiosa", y la admisión explícita de que "el contenido alienante de la reli-

gión depende de las situaciones históricas y de las que éstas determinan, no de la religión en sí". En particular, en lo que se refiere a los comunistas italianos, éstos "deben llevar adelante con decisión y sin reticencias el trabajo de profundización ideológica", restituir la metafísica a la esfera privada, liberándose del "clericalismo estatal en sentido ateo" y aclarar hasta el fondo la cuestión de la "superación" de la relación.

Pero si "los comunistas deben renunciar a los dogmatismos metafísicos llevados al plano público, los católicos deben renunciar a los dogmatismos temporales"; es decir, "la Iglesia no deberá renunciar solamente a los privilegios de orden político, sino también, poco a poco, a la vez, deberá renunciar a los nexos económicos que naturalmente han surgido entre sus estructuras y el asentamiento capitalista de la sociedad"; deberá situarse en una perspectiva "que vaya más allá de la diplomacia concordataria", porque "las garantías concordatarias son consideradas por los "otros" como un residuo de temporalismo"; esto pondrá a la Iglesia "por encima de todas las fuerzas terrestres" sobre el

"plano del mensaje espiritual de salvación a anunciar a los hombres de todas las naciones y de todas las ideologías".

### Aportación de los comunistas al "diálogo"

¿Cómo han respondido a estas instancias los comunistas y los católicos que han intervenido en el debate abierto por "Dialogo alla prova"?

Partiendo del examen de la cuarta tesis sobre Feuerbach, el profesor L. Lombardo Radice advierte que la religión es como los creyentes la hacen, y por ello mismo no es a priori, por definición, ni conservadora ni revolucionaria. Ciertamente, en el pasado fue una fuerza reaccionaria, y como tal está considerada todavía en la U. R. S. S., según el informe Illicev; pero hay que decir que hoy día la religión puede contener también una carga revolucionaria; puede ser todavía "opio del pueblo", pero no debe serlo necesariamente. Además, en la religión cristiana de hoy puede haber "valores"; es decir, ideas que impulsan hacia el progreso, diversos de aquellos en los que cree un marxista, pero "no necesariamente hostiles a los valores revolucionarios de que está empapado el marxismo". En fin, hace votos a fin de que la confrontación entre religión y ateísmo quede confiada a la libre discusión, no a la lucha política; por esto, aun declarándose convencido de la inevitable desaparición y de la superación de la religión, se muestra favorable a una "plena libertad religiosa".

L. Gruppi, responsable de la sección de educación ideológica del comité central del P. C. I., estudia la relación con los católicos en la historia del P. C. I., afirmando que la alianza entre católicos

**El Consejo Nacional, en su reunión del pasado día 24, ha acordado presentar a la próxima Asamblea general de la Asociación la siguiente terna para la designación de nuevo Presidente:**

**Don Abelardo Algora Marco.  
Don Jacobo Cano Sánchez.  
Don Carlos de la Mora Pajares**

y marxistas es un elemento esencial de la estrategia comunista, porque una alianza obreros-campesinos-clase media, necesaria para la construcción de una sociedad socialista, no podría realizarse sin la aportación de los católicos, cuya influencia en los campesinos y en la clase media es determinante. De esta perspectiva se derivan el artículo 2.º del Estatuto del P. C. I., según el cual pueden inscribirse en el partido todos los ciudadanos italianos que acepten su programa político, independientemente de su fe religiosa y de sus convicciones filosóficas, y el voto favorable de los comunistas al artículo 7.º de la Constitución. Gruppi examina después las perspectivas abiertas por los tres últimos congresos del P. C. I.: superación del carácter "dictatorial" del poder proletario y posibilidad de una pluralidad de partidos (VIII Congreso); acción en pro de un entendimiento con el mundo católico, considerado como un aspecto esencial del camino italiano hacia el socialismo, y, por ende, visión pluralista de la sociedad y admisión de la libertad de conciencia y de la práctica religiosa (IX Congreso); reconocimiento de que la aspiración a una sociedad socialista puede encontrar un estímulo en la conciencia religiosa (X Congreso). Esto significa que bajo el manto místico de la religión pueden encontrarse auténticos valores humanos: corresponde a los comunistas liberarlos o, mejor dicho, liberar a los católicos del manto místico mediante "la hegemonía cultural del marxismo al nivel del debate ideal".

¿Podría haber entre católicos y comunistas perspectivas de posibles acuerdos? A. Cecchi, secretario del comité provincial del P. C. I. de Florencia, dice que sí: la primera posibilidad de acuerdo se refiere a la lucha abierta contra la guerra y a una concreta acción para construir la paz; pero también en la realidad política, cultural y social italiana

son posibles nuevos y provechosos acuerdos entre comunistas y católicos, porque "muchos principios afirmados en la "Pacem in terris" encuentran en la acción de los comunistas correspondientes análogos". También I. Delogu habla de un "compromiso común por la paz" como terreno de encuentro entre comunistas y católicos.

En cambio, S. di Marcom, cuya intervención es probablemente la más autorizada entre las comunistas, estudia "la filosofía marxista y el problema del hombre". Advierte que ciertos juicios clásicos del marxismo deben ser modificados. Uno es el que se refiere a la teoría de la "partitividad" y, por consiguiente, al mito, vigente hoy en la U. R. S. S., del carácter monolítico, el mito de la unidad disciplinaria; por esto el P. C. I., a diferencia del P. C. U. S., se mueve "sobre la línea del pluralismo de las fuerzas políticas y de la participación del pluripartidismo". En cuanto al problema religioso, Di Marco rechaza la tesis de Illiczev, según el cual la realización final del socialismo implica la desaparición de la religión y, por consiguiente, la tesis de que el ateísmo sea esencial para el marxismo: en el marxismo no hay lugar para la superstición ni las formas rudimentarias del misticismo, propias de la sociedad estructurada en clases; pero esto no quiere decir que no haya lugar para una religiosidad más alta que se traduzca en la "conciencia de lo infinito". Además hay que revisar la teoría de la alienación religiosa, tal y como la presenta la filosofía clásica del marxismo: dicha teoría "suscita muchas perplejidades porque se ha revelado eficaz sólo en determinadas condiciones históricas"; en realidad, la religión puede llevar también a la interiorización, que no es, ciertamente, compatible con la alienación; es más, cabe decir que los "valores de la religiosidad" pueden ser "incluidos en el humanismo socialista".

## Aportación de los católicos al diálogo

Ya hemos hablado de la aportación de Gozzini, a quien ha tocado "introducir" el "diálogo".

De los otros cuatro católicos que han intervenido en el debate, N. Fabro ha tratado los puntos de contacto que, aun dentro del insuperable contraste de los principios, es posible descubrir entre las encíclicas sociales y algunos textos fundamentales del marxismo: dichos puntos de contacto podrían permitir una colaboración práctica para realizar la comunidad mundial; G. P. Meucci ha estudiado las estructuras del Estado de mañana, y D. Zolo ha expuesto la concepción católica sobre la propiedad privada en la perspectiva personalista abierta por E. Mounier: después de advertir que marxismo y catolicismo coinciden en la crítica al régimen capitalista, que enajena a la persona humana, y en la necesidad de sustituir el capitalismo con una estructura social y económica más "humana", D. Zolo afirma que católicos y comunistas deberían abrir un diálogo-debate, "ciertamente no sobre las premisas de orden espiritual ni sobre los instrumentos de más inmediata intervención política, por lo menos sobre algunas líneas de posición, sobre algunas orientaciones políticas y económicas generales,

para la edificación de una sociedad donde el régimen capitalista de los bienes sea suplantado por un ordenamiento humano de la propiedad y del trabajo. El, en efecto, a diferencia tal vez de otros interlocutores católicos, cree en la posibilidad de una integración doctrinal de algunos aspectos del humanismo marxista con algunos aspectos de la concepción cristiana del hombre.

En fin, R. Orfei, después de observar que no es posible escapar a un diálogo con los comunistas—un diálogo que, para ser tal, no debiera ser instrumentalizado—, duda que los comunistas puedan limitarse solamente al diálogo cultural a causa de "su costumbre de tratar políticamente cualquier cuestión". Además, a su juicio, el diálogo debiera comprobar si los comunistas están convencidos todavía de poder responder a todas las exigencias del hombre y si algo ha cambiado realmente en el comunismo; mas él no alimenta mucha confianza sobre el éxito de un diálogo cuya zona debiera ser la del derecho natural. De todos modos, "un contacto, no a nivel político, con los comunistas, es decir, un diálogo, podría poner de manifiesto todas las contradicciones de los comunistas sobre el problema de la libertad y, sobre todo, sobre la religión".

## ¿Se trata realmente de "diálogo"?

He aquí expuesto, en rasgos generales, el contenido de "Diálogo a la prueba". Tenemos que hacer ahora algunas observaciones y puntualizaciones: la primera se refiere al título del volumen. En él se habla de un "diálogo"—aunque sea "a la prueba", es decir, en fase experimental—entre católicos y comunistas. Pero, ¿se trata efectivamente de un diálogo? O mejor dicho, ¿es posible

un diálogo entre católicos y comunistas?

Nos parece oportuno aclarar este punto, porque sobre él hay en Italia una verdadera confusión de lenguas: lo que da origen a polémicas, fundadas en el equívoco, y confunde las ideas en ventaja de quien se propone pescar en río revuelto.

El equívoco fundamental está en la

manera de entender la palabra "diálogo", porque ésta es una de esas palabras que permite a quien la emplea atribuirle significados diversos y hasta contrastantes, con arreglo a las preferencias personales. Para algunos, discutir un problema, aunque sólo sea polémicamente, ya es dialogar; para otros el diálogo es un contacto, no polémico, más bien cordial y respetuoso, entre posiciones diferentes y también opuestas, en busca de recíprocos puntos de contacto para llegar a un acuerdo, incluso parcial, sobre el plano cultural ante todo, y luego también sobre el plano práctico; para otros hay diálogo cuando hay una relación interpersonal: esto implica ante todo la confianza mutua y la certidumbre de que el uno no tratará de arrollar al otro o instrumentalizarlo; implica, en segundo lugar, que el uno considere al otro como portador de valores auténticos, aunque sean parciales, para que, mediante el diálogo, se pueda llegar a una integración de los valores propios con los valores del otro; implica, en fin, que el diálogo, de encuentro de ideas se convierta en encuentro de personas, comunión interpersonal y, en fin, acción común.

Ahora bien, de querer ser precisos, sólo esta tercera acepción del "diálogo" puede ser llamada con tal nombre; en la primera acepción tenemos la discusión y en la segunda la confrontación, pero no el diálogo como relación interpersonal.

Ciertamente, entre católicos y comunistas puede y debe haber discusión: una discusión serena, pero firme, que esté basada en los fundamentos filosóficos del marxismo comunista y en sus realizaciones históricas y que se proponga poner de manifiesto la falsedad y las contradicciones del comunismo y su incapacidad de crear un orden social más justo y más libre que el que desea destruir, para hacer reflexionar a quien hubiese aceptado tal sistema sobre las trágicas consecuencias que de esa aceptación se derivan sobre el plano religioso, en primer lugar, pero también sobre el plano político, social y económico.

Entre católicos y comunistas puede haber también confrontación, pero hay que considerar en qué sentido y con qué límites. Catolicismo y marxismo comunista son dos visiones totales, globales del mundo y de la vida, no sólo diferentes, sino opuestas; es más, contradictorias; la una, en efecto, afirma lo que la otra niega, tanto en el campo teológico como en el campo práctico. Una es teísta y espiritualista; la otra es atea y materialista; una, aunque da la debida importancia a los problemas del bienestar terrestre está abierta a la vida futura y pone el fin de la vida en Dios y en el más allá; la otra está cerrada en un mesianismo terrestre y niega toda validez y consistencia a un fin ultraterreno; una pone como base de la actividad social y económica la justicia, la caridad y la solidaridad; la otra el odio del enemigo de clases y la lucha de clase. ¿Qué sentido puede tener entonces una confrontación entre dos visiones globales, tan opuestas y contradictorias? Sobre todo el de conducir a reconocer que entre comunismo y cristianismo hay una oposición radical y una absoluta inconciliabilidad.

Pero, aun dentro de la oposición global, ¿no puede haber entre comunismo y cristianismo puntos de contacto sobre cuestiones particulares? A primera vista parece ser que sí; en efecto, cristia-

nismo y comunismo hablan de justicia social, de liberación del hombre de sus servidumbres y de sus alienaciones, de paz, de valor del hombre y de la persona humana a defender y a salvar frente a las fuerzas deshumanizantes; de dignidad del trabajo. Cristianismo y comunismo aspiran a construir una sociedad diversa de la actual, más libre y más justa, y no aceptan (aunque en medida diversa) la actual reglamentación capitalista de la sociedad. Pero ¿se trata realmente de puntos de contacto entre catolicismo y comunismo? ¿Se puede llegar, sobre ellos, a un acuerdo sobre el plano cultural ante todo, y después sobre el plano práctico? En otras palabras, aun permaneciendo firme la oposición global y la incompatibilidad entre comunismo y cristianismo, ¿es posible, mediante una confrontación de posiciones, llegar, sobre algún problema particular, a una visión común que sea síntesis de elementos diversos e integración de diferentes puntos de vista y que pueda constituir la base de una acción común sobre el plano práctico?

La respuesta a estas preguntas no admite duda: no se trata de puntos de contacto capaces de integrarse recíprocamente en una síntesis nueva. La concordancia es sólo formal, no substancial o de contenido; las mismas palabras—paz, justicia, liberación del hombre, valor de la persona, dignidad del trabajo—para los católicos y los comunistas significan cosas diversas y, a veces, opuestas, porque derivan su significado y su contenido de la visión global del mundo y de la vida en que están vitalmente insertadas. Así, por ejemplo, católicos y comunistas quieren una sociedad más justa, pero no concuerdan ni sobre el concepto y la forma de sociedad—que para los comunistas debe ser sin clases y para los católicos debe estar constituida por clases armonizadas y solidariamente integradas—ni sobre los métodos a emplear para llegar a una sociedad más justa—los comunistas propugnan la lucha de clases y la revolución violenta, mientras que los católicos rechazan la violencia y desean sólo el empleo de métodos legales y pacíficos—ni sobre la manera de mantener el poder en la sociedad—los comunistas propugnan la dictadura o, si se prefiere, la hegemonía del partido comunista, mientras que los católicos son partidarios de la democracia y del pluralismo, político y social.

Por esto una confrontación entre las posiciones católicas y las comunistas sobre los problemas que parecen poder constituir puntos de contacto y de acuerdo, cultural y práctico, puede realizarse, pero con el resultado de llegar también en este caso a la conclusión de la incompatibilidad entre cristianismo y comunismo y de la imposibilidad de una acción común incluso en casos particulares y sobre problemas limitados. ¿Se trataría, entonces, de una confrontación inútil? No lo creo. En efecto, confrontando sus posiciones con las de los comunistas, los católicos podrían verse impulsados a dar mayor relieve a algunos puntos de la doctrina católica, dejados hasta ahora demasiado al margen; a desarrollar ciertos aspectos y ciertas implicaciones del cristianismo, capaces de responder a algunas exigencias humanas propugnadas por los comunistas; éstos, de una confrontación con las posiciones católicas, podrían ante todo recibir un conocimiento menos sumario del cristianismo, y percatarse así de que la idea que ellos tienen del

## ALTOS CARGOS

Varios son los miembros de la A. C. N. de P. que han sido llamados a ocupar altos puestos en la política, dentro del reajuste ministerial operado en la primera quincena del pasado mes de julio.

- **DON FEDERICO SILVA MUÑOZ**, del Centro de Madrid y vicepresidente de la Asociación, ministro de Obras Públicas.
- **DON ALFREDO LOPEZ MARTINEZ**, del Centro de Madrid, subsecretario del ministerio de Justicia.
- **DON SANTIAGO UDINA MARTORELL**, del Centro de Barcelona y consejero nacional, subsecretario del ministerio de Obras Públicas.
- **DON ALFONSO OSSORIO GARCIA**, del Centro de Madrid, subsecretario del ministerio de Comercio.
- **DON RAFAEL DE BALBIN LUCAS**, del Centro de Madrid, director general de Asuntos Eclesiásticos.
- **DON SANTIAGO CRUYLLES PERATALLADA Y BOSCH**, del Centro de Barcelona, director general de Transportes Terrestres.

catolicismo y de la Iglesia no corresponden a la realidad; podrían también, a raíz de las objeciones hechas por los católicos al comunismo, verse impulsados a revisar algunas posiciones, cuando no a poner en duda su "fe" comunista.

Pero, si entre católicos y comunistas es posible la discusión y, dentro de los límites indicados, la confrontación, es en cambio imposible el diálogo auténtico. Faltan ante todo las condiciones psicológicas para el diálogo, de las cuales la primera es la confianza mutua: cualquiera que puedan ser la sinceridad y la rectitud de intenciones de cada comunista, es un hecho que el PCI busca hoy el diálogo con los católicos con la finalidad declarada de hacer de ellos "útiles compañeros de viaje" para la edificación de la sociedad socialista en Italia. Mediante el diálogo el PCI trata de dividir a los católicos y, de ese modo, destruirlos como fuerza política. Por consiguiente, los católicos no pueden tener confianza en los comunistas, y sus insistentes invitaciones al diálogo no pueden ser más que una emboscada mortal. Por otra parte, la aspiración de la Iglesia y de los católicos al diálogo con el mundo moderno es interpretada por los comunistas como una debilidad de la Iglesia, que ellos quieren aprovechar: si la Iglesia quiere dialogar en vez de condenar y de mantenerse en una posición de soberbia distancia como hacía antes—piensan los comunistas—, esto demuestra que se siente aislada y al margen de la sociedad de hoy. Acostumbrados a medirlo todo con el metro materialista de las relaciones de fuerza económica y de la oposición de clase, no comprenden que este deseo de los católicos de entablar un diálogo con todos tiene profundas raíces espirituales. En otras palabras, lo que falta a los comunistas es la buena voluntad; ahora bien, sin buena voluntad el diálogo es imposible. Para dialogar hay que ser, ante todo, hombres de buena voluntad.

Pero para entablar un diálogo no basta la buena voluntad. Hacen falta estima y respeto. Ahora bien, los comunistas no tienen ni estima ni respeto a los católicos ni a los valores de que los católicos son portadores: los comunistas se consideran los únicos poseedores de la verdad absoluta y total, los únicos iluminados. Por algo el suyo es un materia-

lismo científico, mientras que los católicos—los pobrecillos—se encuentran todavía a un nivel precientífico. En cuanto a los valores religiosos, éstos, para los comunistas, no son valores en sí; son, a lo sumo, principios que pueden tener alguna consecuencia positiva. Por otra parte, la misma tentativa de los comunistas de entablar un diálogo con los católicos con el deliberado propósito de someterlos a la causa del comunismo, revela en ellos profunda desestima hacia los católicos y elemental falta de respeto.

El diálogo implica, luego, que entre comunistas y católicos haya una base común, un terreno común, un conjunto de verdades aceptadas por ambas partes sobre el cual se pueda construir la síntesis de puntos de vista diversos que el diálogo ha hecho converger. Ahora bien, como hemos visto al hablar de confrontación entre católicos y comunistas, no hay terreno alguno común entre católicos y comunistas, ni en cuanto a las dos visiones del mundo—globalmente consideradas—, ni en cuanto a los problemas particulares. A lo sumo se puede decir que católicos y comunistas tienen algunas aspiraciones y exigencias comunes, como la aspiración a la paz, a la justicia social, a la liberación del hombre, etc. Pero se dividen inmediatamente, insalvablemente, apenas se pasa a los principios teóricos y a los métodos prácticos para la solución de tales problemas; de tal manera que el diálogo ni siquiera puede ponerse en marcha. También se puede añadir que católicos y comunistas pueden estar de acuerdo en subrayar algunos puntos negativos de la actual reglamentación social; pero eso no significa que esta crítica pueda constituir una base común de acción, porque las mismas críticas parten de principios diferentes y llevan a conclusiones diversas.

A este respecto es necesario advertir que sería un error poner sobre el mismo plano el diálogo con los comunistas y el diálogo ecuménico con los hermanos separados o también con los no cristianos. Se trata, en efecto, de dos cosas profundamente diferentes: con los hermanos separados lo que nos une es mucho más fuerte que lo que nos divide; de tal manera que el diálogo puede partir de lo que nos une para tratar de superar nues-

tras divisiones en una unidad superior, pero homogénea, a lo que ahora nos une. De ese modo, el diálogo entre católicos y hermanos separados es la exigencia de una unión que ellos ya radicalmente poseen y que mediante el diálogo quiere hacerse perfecta. Lo mismo puede decirse, aunque en medida mucho menor y cualitativamente diversa, del diálogo entre católicos y hombres pertenecientes a religiones no cristianas: la creencia en Dios y la concepción moral y religiosa de la vida puede constituir un punto precioso de partida para un diálogo fecundo. En cambio, entre cristianismo y comunismo no sólo hay diferencia y división, sino oposición radical: el comunismo quiere ser la negación total de todo lo que es cristiano. Por este motivo, el diálogo ni siquiera puede ponerse en marcha.

En fin, para realizar un diálogo hay que entenderse por lo menos sobre el sentido que se quiere dar a esta palabra. Ahora bien, entre católicos y comunistas, por lo menos en Italia, no existe acuerdo ni siquiera en este punto, porque para los católicos el diálogo es un encuentro al nivel cultural para discutir sobre problemas teóricos y prácticos que interesan a los católicos y a los comunistas, mientras que para éstos el diálogo es la colaboración política, el acuerdo sobre las cosas; incluso cuando entablan diálogo cultural, los comunistas lo hacen siempre en función de la acción política común que dicho diálogo debe preparar.

Así, pues, en "Dialogo alla prova" no hay un verdadero diálogo entre católicos y comunistas, sino, a lo sumo, una confrontación de posiciones y una búsqueda de puntos de contacto y de encuentro entre cristianismo y comunismo, o, mejor todavía, un esfuerzo de acercamiento realizado con muy buena voluntad para poner algún puente entre cristianismo y comunismo. La tentativa tenía, lo dice el título del libro, un carácter "experimental". ¿Podemos decir que el experimento ha tenido éxito?

Por nuestra parte, lo dudamos. En efecto, hemos de constatar que no se ha verificado "la hipótesis de trabajo" que ha constituido el punto de partida de la iniciativa de M. Gozzini, es decir, la posibilidad de separar en la práctica las dos componentes de la expresión "comunismo ateo", de separar el nexo entre programas políticos, económicos y sociales y la filosofía materialista y atea. También A. Jemolo reconoce que, de los interlocutores comunistas, "ninguno alude ni siquiera a la posibilidad de que el comunismo pueda convertirse en algo diverso, en una concepción política y económica apartada de la filosofía", es decir, del materialismo ateo. Ninguno de ellos ha aceptado tampoco la condición puesta por Gozzini para un diálogo entre católicos y comunistas, es decir, "el paso explícito de una visión del marxismo como sistema universal, definitivo y perfecto, exclusivo y hegemónico, de interpretación de la realidad y de intervención sobre ella a una visión "relativizada". Los cinco comunistas que han intervenido en el debate no sólo han demostrado que tienen en el marxismo una fe íntegra, sino que han ligado constantemente filosofía y praxis, teoría y economía; a pesar de ciertas afirmaciones que podrían hacer pensar en una recapitación y en una revisión del marxismo, los comunistas aceptan como única y verdadera la concepción marxista del hombre y de la historia, y se mueven sin rodeos y sin desviaciones en la cornisa ideológica del más intransigente marxismo.

Nos parece que el intento de Gozzini no ha tenido éxito, incluso por otro motivo. El y los demás católicos que han colaborado en "Dialogo alla prova" querían permanecer sobre el plano del debate cultural, sin bajar al plano del "diálogo político". En efecto, después de decir que "el diálogo que hemos incoado no es político", M. Gozzini añadía: "No creemos en una posibilidad de colaboración sobre el plano político en la situación actual, que en esta sede, por otra parte, no nos interesa; y rechazamos toda tentativa de interpretación instrumental en tal sentido, de cualquier parte que proceda." En cambio, los comunistas se han servido y se sirven del "Dialogo alla prova" para pregonar a cuatro vientos que han sido derribadas las barreras entre católicos y comunistas, que la excomunión es un recuerdo del pasado y que los comunistas se encuentran ya en fraterno diálogo con los católicos: ahora se trata solamente de dar un contenido concreto al diálogo, de pasar del diálogo abstracto al concreto, es decir, al "verdadero" diálogo, que, para los comunistas, es el político; de pasar a la lucha común contra las dictaduras capitalistas y monopolistas de la sociedad actual.

En realidad, es difícil culpar a los comunistas de esta instrumentalización del "diálogo" cultural: no serían comunistas si hubiesen obrado de otro modo y se hubiesen contentado sólo con la confrontación ideológica y filosófica entre marxismo y catolicismo. En efecto, la cultura, para los comunistas, no puede separarse de la política; antes bien, tiene valor en la medida en que es capaz de convertirse en instrumento de acción política. Porque, para el marxismo, no se trata de comprender el mundo, sino de transformarlo en sentido socialista: el comunismo es esencialmente praxis. Ciertamente, para transformar el mundo hay que comprenderlo, y por eso el comunismo fomenta la cultura; pero no puede limitarse a comprenderlo. Por este motivo, para los comunistas, un diálogo cultural que no sea al mismo tiempo político y no lleve a la acción no tiene sentido, carece de significado y de interés. Tenía razón, pues, el Hon. Ingrao al afirmar cuando fue presentado en Roma "Dialogo alla prova": "Decís que queréis entablar con nosotros un diálogo cultural. Esto nos interesa hasta un cierto punto. Es mucho más lo que espera la sociedad italiana. Hemos de preguntarnos, más bien, si partiendo de filosofías inconciliables es posible o no un encuentro entre comunistas y católicos para la afirmación de determinados valores. El problema debe ser afrontado no sólo en línea de principio, sino también sobre el plano de los hechos. La "Pacem in terris" no invitaba sólo a una distinción entre doctrina y movimiento político, sino también a encuentros prácticos de colaboración. Hemos de preguntarnos si es factible el encuentro entre determinados católicos con comunistas verdaderamente marxistas dialécticos, verdaderos comunistas."

Esto significa que un diálogo sólo cultural con los comunistas no es posible. Por consiguiente, si ellos piden y aceptan entablar un diálogo cultural, es de suponer que lo hacen con la secreta esperanza de convertirlo a la corta o a la larga en diálogo político, en *encuentro sobre las cosas*. Esto explica por qué los comunistas solicitan con tanta insistencia diálogos y encuentros culturales con los católicos.

La prueba evidente de que los comunistas no se contentan con el diálogo cultural nos la ofrecen, ante todo, los

cinco comunistas que han intervenido en el debate promovido por M. Gozzini, y también la manera como la prensa comunista ha acogido la iniciativa católica de "Dialogo alla prova".

Los primeros concluyen sus intervenciones con la invitación a los católicos a no querer "aplazar su colaboración sin reservas con los comunistas italianos hasta el día en que en la Unión Soviética se corrijan las actitudes actuales hacia los creyentes" (L. Lombardo Radice), a considerar ya superados "los obstáculos de principio para un acuerdo y una colaboración entre católicos y comunistas (L. Gruppi), a empeñarse, en compañía de los comunistas, para poner fin a la edad de las guerras mundiales (A. Cecchi), a encontrarse con los comunistas en el "compromiso común por presentes las "posibilidades de encuentro la paz" (I. Delogu) y, en fin, a tener fecundísimas entre energías sociales y culturales que pueden cambiar el mismo designio de desarrollo de Italia".

De un resumen de los comentarios de la prensa comunista sobre el libro "Dialogo alla prova", el articulista deduce la clara incapacidad de los comunistas de limitarse a la confrontación cultural. "Este hecho arroja una pesada sombra de sospecha sobre la iniciativa de Gozzini y sobre iniciativas análogas, como encuentros y debates culturales entre católicos y comunistas, organizados con una cierta frecuencia, especialmente en algunas zonas del país: la sospecha de que los comunistas pretendan servirse de estas iniciativas culturales para crear la atmósfera en que pueda madurar el "diálogo sobre las cosas", el encuentro político, para preparar, en suma, la colaboración, sobre el plano político, entre católicos y comunistas."

Desgraciadamente, después de varios meses de la publicación del "Dialogo alla prova", hemos de decir que la sospecha tiende a convertirse en realidad: el diálogo cultural sirve a veces a los comunistas para abrir una brecha en la alineación de los católicos, para arrojar desorientación y confusión, sobre todo, entre los jóvenes, pero no sólo entre éstos. Apuntando a la buena fe de los católicos y a su deseo de entrar en fraterno coloquio con todos los hombres, incluso con los más lejanos, incluso con los adversarios—deseo que tiene origen y motivos espirituales, o, mejor dicho, propiamente religiosos y cristianos, porque un cristiano no puede resignarse a considerar a su hermano perdido para Dios—, los comunistas instrumentalizan para fines políticos estas amistosas disposiciones de los católicos, sirviéndose de ellas para salir del aislamiento político y para encontrar nuevos apoyos para lo único que les interesa: la conquista del poder político en Italia, aunque sea, por lo menos en un primer tiempo, en aparcería con los católicos. Esto es cosa triste, porque induce a los católicos a ser más rígidos en sus posiciones y a rechazar cualquier diálogo con los comunistas, incluso a nivel cultural. Pero ¿se puede pretender que los católicos obren de otro modo? No se les puede pedir el suicidio religioso y político. Ahora bien, la colaboración práctica con los comunistas, una acción común para la construcción de una sociedad comunista—para los comunistas no es posible una sociedad diversa: ellos quieren y se baten "sólo" por la sociedad comunista y no admiten que eventuales "compañeros de viaje", como podrían ser los católicos, puedan pensar en una sociedad diversa, y mucho menos en una sociedad cristianamente inspirada—, es para los católicos un suicidio.